



Revista de Estudios Sociales

ISSN: 0123-885X

res@uniandes.edu.co

Universidad de Los Andes

Colombia

Palacios, Marco

"Construcción socialista" o "Restauración burguesa" en la perspectiva de la revolución cultural china

Revista de Estudios Sociales, núm. 7, septiembre, 2000, p. 0

Universidad de Los Andes

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81500703>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **"Construcción socialista" o "Restauración burguesa" en la perspectiva de la revolución cultural china**

Marco Palacios\*

### **Presentación**

Hace algunos meses el Comité Editorial de la Revista de Estudios Sociales me invitó, junto a un grupo de colombianos de la diáspora (que, según entendí, somos los a vecinados en algún lugar fuera del país), a publicar una contribución inédita en Colombia. El único texto con esas características y a mi disposición fue escrito hace 30 años y reflexiona sobre un tema que hace mucho tiempo no manejo. Aún así, generosamente insistieron, solicitándome editarlo, escribir unas líneas aclaratorias y someterlo a su consideración. Ante esta respuesta no tuve más remedio que dedicarme a la tarea: añadí unas cuantas líneas en diversas partes del texto con el objeto de precisar un contexto o subrayar un argumento. Pero, en esencia y arquitectura, propongo el texto de julio de 1970 que puede considerarse como un ensayo de historia presente.

Quisiera llamar la atención del lector sobre las circunstancias, principalmente intelectuales en que fue concebido y escrito el ensayo. Estaba finalizando los estudios de la Maestría en Estudios Orientales (tenía ese nombre eurocéntrico) en el área de China, de El Colegio de México. Ahora estoy más seguro que el estímulo académico para aventurarme en el ensayo provenía de mis profesores de China y Japón. Aquí recuerdo con gratitud a Bayron T. Marshall (Historia contemporánea), Kimitada Miwa (Modernización) ya Shigeaki Uno (Ideología). Por razones personales, entre las cuales debo mencionar mi pasado maoísta y un breve viaje a China en el verano de 1963 como dirigente de las Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal, JMRL, me dediqué a explorar la "Gran Revolución Cultural Proletaria" que estalló en agosto de 1966 y, según se pensaba, había concluido en abril de 1969.

Bajo la influencia de las discusiones en los seminarios de El Colegio, en particular el del profesor Uno, me dediqué a dialogar con textos como el de Frantz Schurmann, *Ideology and Organization of Communist China*<sup>1</sup> especialmente con la segunda edición y su extraordinario suplemento sobre la revolución cultural, publicado en 1968. Ahora me doy cuenta

que esta obra junto con las de Joseph Levenson sobre la China confuciana y los problemas de la modernidad, han tenido en mi formación intelectual un efecto de larga duración.

Era perfectamente consciente de que mi punto de vista no era original. Mi desventaja frente a los sinólogos (más acusada frente a quienes se habían dedicado a estudiar casos locales) era, para decirlo rápidamente, que ellos empleaban fuentes chinas, mientras que yo apenas estaba aprendiendo el idioma. En todo caso adopté un enfoque que entonces era minoritario y navegaba a contracorriente de los parámetros de la Guerra Fría, según la cual la Revolución Cultural se reducía a una "lucha por el poder", y podía interpretarse como un anticipo del "cambio dinástico" en el contexto tradicional chino.

El punto de vista que pretendí ilustrar en el ensayo era la pertinencia de los jacobinos chinos dentro de una historia o modelo general de revolución. Por esa época empezaba a influir en nosotros el texto de Barrington Moore, *Social Origins of Democracy and Dictatorship: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*<sup>2</sup>, y además, yo había leído con atención dos trabajos de Chalmers A. Johnson: *Revolution and the Social System, y Peasant Nationalism and the Communist Power. The Emergence of Revolution: China, 1937-1945*<sup>3</sup>. La posible ventaja de un estudiante como yo, provenía de mi pasado y de que había tomado en serio el tema de la ideología; de que me parecían más importantes las observaciones de economistas simpatizantes del experimento maoísta como Joan Robinson<sup>4</sup>, que las de los "China-watchers" más avezados. En aquel entonces disfrutaba las lecturas de Georges Lefebvre y Albert Soboul sobre la Revolución Francesa y de Edward H. Carr e Isaac Deutscher sobre la Revolución rusa y lamentaba que un sociólogo históricamente orientado como Lewis Coser no hubiera incluido nada sobre China en su maravilloso *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*<sup>5</sup>.

Cuando escribí el ensayo estaba familiarizado con la bibliografía en inglés y francés sobre China contemporánea; la barrera del idioma me impedía, empero, trabajar con las

\* Abogado, Ph. D. en Historia de la Universidad de Oxford, Inglaterra, profesor de El Colegio de México.

1 Frantz Schurmann, *Ideology and Organization of Communist China*, Berkeley, 1966.

2 Barrington Moore, *Social Origins of Democracy and Dictatorship: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Londres, 1969.

3 Chalmers A. Johnson, *Revolution and the Social System*, Stanford, 1964 y *Peasant Nationalism and the Communist Power. The Emergence of Revolution: China, 1937-1945*, Stanford, 1962.

4 Joan Robinson, *The Cultural Revolution in China*, Londres, 1969.

5 Lewis Coser, *Hombres de ideas. El punto de vista de un sociólogo*, México, 1968.

fuentes más sustanciales disponibles en chino y japonés. También estaba al corriente de los acontecimientos por *Peking Informa* y *el China New Analysis*, para balancear; y seguía la discusión, entreverada con la escalada bélica de Estados Unidos en Vietnam, en revistas norteamericanas como la bien establecida *Monthly Review* de New York y el recién fundado *The Bulletin of Concerned Asian Scholars* de San Francisco.

Presumo que las compilaciones documentales que utilicé en 1970 todavía son pertinentes: *La gran revolución cultural socialista en China*<sup>6</sup> y Fan Kuang Huan, ed., *La Gran Revolución Cultural China*<sup>7</sup>. Para la edición del presente texto ha sido muy útil el trabajo de Lawrence R. Sullivan, *Historical Dictionary of the People's Republic of China: 1949- 1997*<sup>8</sup>.

Treinta años después la situación china parece haber dado un viraje de 180 grados y en todo el mundo el papel de Mao Zedong (1893-1976) y su pensamiento se juzgan con otros criterios. Los estudios posteriores sobre la revolución cultural demuestran que hubo mucha más violencia, destrucción e impacto social y económico de lo que entonces se pensaba. Además, si en este ensayo se consideró unitariamente el período 1966-69, hoy en día la mayoría de especialistas acepta que el fenómeno terminó hasta la muerte de Mao y el derrocamiento de "la banda de los cuatro" (siren bang) en 1976, dirigida por Jian Qing (1913-1991) la tercera y última esposa de Mao. Mucho antes, en 1971 se había producido la caída de Lin Biao (1907-71), "el íntimo compañero de armas del camarada Mao Zedong", quien remplazó a Liu Shaoqi (1898-1969) como presidente del Partido y en 1969 fue declarado el sucesor oficial de Mao, y quien mantuviera desde la jefatura del Ejército Popular de Liberación, EPL, una intensa (y a veces conflictiva) relación con la "banda de los cuatro". Según la versión oficial Lin murió en un accidente aéreo sobre Mongolia cuando trataba de huir a Moscú después de un fallido intento de asesinar a Mao.

Desde 1977 la Revolución Cultural ha sido condenada oficialmente y calificada de "error de izquierda". Los bandazos de "izquierda" y "derecha" pueden ser ilustrados en la portentosa carrera de Deng Xiaoping (1904-1997),

criticado y desbancado en la Revolución Cultural para reaparecer en 1973, volver a caer y milagrosamente elevarse hasta la cima en 1979 donde permaneció hasta su muerte.

Es probable que China siga ahora "el camino capitalista y de la corrupción ideológica"; en todo caso esta aseveración es la más plausible a la luz del pensamiento de Mao Zedong. Al mismo tiempo que el nuevo modelo chino ha sido exitoso en términos de modernización (económica, demográfica, militar, educativa, tecnológica), el Partido Comunista mantiene el control y aún está latente el tema de una nueva revalorización legitimadora del rojo y el experto, aunque, de producirse, no será en los términos del debate político de los años cincuenta y sesenta. Según Mao el buen comunista debe ser simultáneamente rojo y experto (*hong yu zhuan*). Pero en la práctica la situación es más complicada que una simple conjunción copulativa pues los valores del rojo y el experto no sólo luchan en la conciencia individual sino que terminan representando intereses de grupos ocupacionales que luchan por el poder.

El poder internacional también ha cambiado dramáticamente y en esto quizás haya que abonar a Mao un argumento: que el desenlace no ocurrió a causa de la posesión *per se* y amenaza de emplear las bombas nucleares, sino por un colapso más profundo (político-militar, simbólico, psicológico) en la URSS cuando prosiguió en la lógica de una carrera armamentista que a la postre no pudo costear.

La "suavidad" con que China se desliza hacia el capitalismo pudo facilitarse por la nacionalización del marxismo o sea, su aplicación a "la realidad china". De este modo, para el liderazgo chino fue relativamente sencillo criticar primero y repudiar después los esquemas demasiado rígidos del estatismo y centralismo soviéticos. El vocablo suavidad va entre comillas porque lo que se sabe del actual desarrollo económico chino es que llega para las mayorías trabajadoras con todos los horrores de la proletarianización que ya se habían conocido ampliamente en la Europa del siglo XIX y primera mitad del siglo XX.

Como historia presente, creo que algunas constantes del ensayo se sostienen y son de actualidad. Por ejemplo, el tema de la lucha entre el rojo y el experto que en Colombia y otros países latinoamericanos llamaríamos la lucha entre el técnico y el político o entre populismo económico y neoliberalismo. Traducida como pugna por el poder entre las élites, alcanza a veces una ferocidad inusitada. El desgaste que produce parece ser uno de los precios de la modernización. La desdicha es que aún pagando tan alto precio nuestros países poco han acortado el camino a la modernidad.

6 *La gran revolución cultural socialista en China*, 10 Vols., Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1966-1967.

7 Fan Kuang Huan (ed.), *La Gran Revolución Cultural China*, México, 1970.

8 Lawrence R. Sullivan (with the assistance of Nancy R. Hearst), *Historical Dictionary of the People's Republic of China: 1949- 1997*, Londres, 1997.

Por último quisiera señalar que considero que Marx tuvo razón contra Mao, al menos en un sentido. Los comunistas chinos de la generación fundadora colocaron "la teoría" de Marx en un lugar inaccesible y, con un pragmatismo, quizás confuciano, se dedicaron a sinizar o sea a nacionalizar la tesis de la lucha de clases. Pero del mismo modo que en la URSS (en donde el proceso leninista fue más largo y quizás más costoso en todo sentido), en China la base material de sociedad, lo que Marx llamó las fuerzas productivas, determinó en últimas la dirección del cambio, más que la pureza jacobina, tan próxima a la esperanza y tan distante del consenso. Esperanza y consenso, elementos necesarios en la búsqueda de la gran transformación de una sociedad.

El Colegio de México, mayo de 2000

**El texto<sup>9</sup>**  
**El lugar de la Ideología en la dialéctica de las contradicciones**

La fase jacobina de las revoluciones Francesa, Rusa y China, está atravesada por el temor a la restauración contrarrevolucionaria. Lo insólito es que este miedo legitimador, o mejor, que toda una ideología alimente el proyecto de revolucionarios como los actuales líderes chinos que llevan 20 años (1949-70) en el poder estatal y tienen más de cuarenta años de experiencia política.

Más que analizar los contenidos ideológicos de la Revolución Cultural, el objeto del ensayo es señalar aquellos elementos jacobinos que, en el caso chino, configuran una ideología en torno a "las contradicciones" (*maodun*) en la sociedad china en el proceso de "construcción socialista". Para hacer este ejercicio es imperioso considerar la Revolución Cultural como punto de inflexión a partir del cual se podría explicar mejor el papel de la ideología en la política china de las dos últimas décadas.

Tanto en la teoría marxista-leninista como en la práctica del Partido Comunista Chino, PCCH, fundado en 1921 por un grupo de intelectuales (*renshi fenzi*) así como en el "pensamiento Mao Zedong" (*Mao Zedong sixiang*), habremos de hallar una continuidad tangible, un hilo conductor que proviene de los tiempos y el espíritu de Yan'an. Se refiere éste a un período en la historia del PCCH (1936-45), inmediatamente después de la legendaria Larga Marcha,

cuando los comunistas se establecieron en el apartado pueblo de Yan'an, en la provincia de Shanxi. Germinal, en este período se formó la trinidad ideológica del Partido: "la línea de masas" (*qunzhong luxian*); el espíritu igualitario y de sacrificio y entrega de los líderes y las "campañas de rectificación" (*zhengfeng yundong*). Durante la Revolución Cultural los años de Yan'an fueron sacralizados como la edad de oro del PCCH.

En esos años, particularmente en 1943-45, y por la pluma de Chen Boda (1904-1989), se estableció el "pensamiento Mao Zedong" como una categoría específica de la sinización o acondicionamiento a las condiciones chinas (*zhongguohua*) de la teoría (*lilun*) de Marx y Lenin. A esta última podemos aplicar el sufijo *zhuyi* o sea ideología en el sentido de Marx: visión del mundo de una clase social. Este sufijo que puede traducirse como nuestro ismo, se aplica a las "teorías científicas" de Marx o Lenin pero casi nunca a las de Mao; o sea, que en chino no hay oficialmente maoísmo sino "pensamiento Mao".

Para aclarar el asunto, sigo a Franz Schurmann en la obra arriba citada. Este autor diferencia la ideología pura de la ideología práctica. La primera es el conjunto de ideas que ofrecen al individuo una visión unificada y consciente del mundo y, la segunda, un conjunto de ideas que ofrecen al individuo instrumentos racionales de acción<sup>10</sup>.

Por otra parte, "teoría" + "práctica" = "pensamiento"<sup>11</sup> que en el caso que nos ocupa sería:

Eventos del PCCH	Ideología pura	Ideología práctica
7° Congreso (1945)	"Marxismo-leninismo"	"Pensamiento Mao Zedong"
8° Congreso (1956)	"Marxismo"	"Leninismo"
Desde 1960	"Marxismo-leninismo"	"Pensamiento Mao Zedong"
Revolución Cultural (1966-)	"Pensamiento Mao Zedong"	"Pensamiento Mao Zedong"

Para los dirigentes chinos el acceso al poder en 1949 no fue, ni ha sido desde entonces definitivo, porque la lucha de clases continúa e infiltra inexorablemente todos los resquicios de la vida social. En otras palabras, porque la contrarrevolución puede ser restaurada en cualquier momento.

9 Versión editada de la ponencia que con este título presenté en la Quinta Conferencia Anual del Asian Studies on the Pacific Coast, que tuvo lugar en Oaxtepec, México, en julio de 1970.

10 Schurmann, Ideology and Organization..., Pág. 22.

11 Ibid., Pág. 30.

Después de la toma del poder la principal tarea de los revolucionarios es doble: profundizar la revolución en un proceso ininterrumpido (*budan geming*) y empezar a edificar el socialismo científico. Pero ésta es apenas una parte de la obra revolucionaria. Los revolucionarios deben perseverar en la destrucción de las antiguas clases dominantes. Arrebatárles el poder político y despojarlas de la posesión de los medios de producción no es suficiente, puesto que permanecen las fuerzas inerciales del status social y del prestigio del antiguo régimen. Para el Mao Zedong de los años sesenta, "los enemigos del pueblo", es decir, los terratenientes (*shenshi*), los "burócratas imperiales" (*shenjin*) y los miembros de la "burguesía compradora" (*maiban*), no habían desaparecido del todo. Se reproducían como el Conde Drácula y sus epígonos, de suerte que para extirparlos había que despedazarles el corazón de un modo ritual.

La tarea revolucionaria consiste, en suma, en no cejar en la lucha por el poder político, pues sólo la lucha decidirá cuál de los "dos caminos" prevalecerá en China: el socialista o el capitalista. El único instrumento idóneo para concebir y desarrollar una política para que "China no cambie de color", es decir para que no caiga en "el revisionismo soviético", es la "línea de masas" del PCCH.

No basta que el PCCH detente el poder político. El nuevo Estado no posee atributos que conduzcan automáticamente a la construcción socialista y al tránsito hacia la sociedad comunista. En tanto que Estado es "opresión" y "democracia". Opresión para las clases derrocadas; democracia para el pueblo: campesinos, obreros, intelectuales y "burguesía nacional"<sup>12</sup>.

El papel de "la línea de masas" es evitar que el Estado se enajene de la sociedad, o sea que la burocracia y el pueblo no se coloquen en una contradicción antagónica. Siempre estará latente el peligro de que la "opresión" cambie de

blanco y se dirija contra el pueblo en vez de enfilarse contra el enemigo. A esta situación se llega cuando los individuos de quienes fluye autoridad y poder desarrollan mentalidad y estilo burgueses de dominación, lo cual ocurre, indefectiblemente, cuando no siguen el "pensamiento correcto", es decir, cuando se apartan del "pensamiento Mao Zedong".

Mao consideraba que aún en una sociedad socialista las contradicciones eran inevitables. No solamente las contradicciones eran "el seno del pueblo", sino entre el pueblo y sus enemigos de clase. Mucho tiempo después de la toma del poder por los revolucionarios la sociedad seguirá destilando "valores de la ideología feudal, capitalista e imperialista". Por consiguiente, la superestructura es la región estratégica para entablar correctamente la lucha revolucionaria pues es allí en donde aguarda el enemigo.

En la superestructura reside el mayor peligro de restauración burguesa. En la sociedad china la superestructura socialista estaba amenazada por "los Cuatro Viejos" (*Sijin*) confucianos: ideas, cultura, hábitos y costumbres. Por esto, una vez que en agosto de 1966, y por apretada mayoría, el Onceavo Pleno del Comité Central del PCCH adoptó una resolución llamando a la revolución de la política, la sociedad y la cultura en China, Mao presidió una gigantesca manifestación de guardias rojos (*hongweibing*) en la Plaza de Tiananmen y aprobó la consigna de los jóvenes de luchar contra los "Cuatro Viejos".

Para hacer la revolución en esta superestructura confuciana hay que emplear la teoría marxista-leninista y "el pensamiento Mao Zedong"; hay que poner en práctica, todos los días, las enseñanzas del PCCH. Es apenas lógico suponer que este abecé se torna opaco y escurridizo en la práctica. Conoce saltos y retrocesos determinados por una fluida situación interna e internacional y se manifiestan agudamente en el seno del PCCH. Los zigzagueos, divisiones y pugnas siempre han estado acompañados de intensos debates ideológicos y alrededor de éstos se agrupan y fraccionan los líderes en todos los niveles.

Cuando las contradicciones entre el proceso revolucionario y la construcción socialista son demasiado tensas hay que encontrarles una solución. Desde 1942 el principal método para resolverlas ha sido el de "las campañas de rectificación" (en el estilo de unidad-crítica-unidad). En estas campañas se definen los métodos concretos para alcanzar los objetivos del momento, se afianzan los valores comunistas y se establecen las normas de conducta que deben guardar los miembros del PCCH en su relación cotidiana con las masas.

<sup>12</sup> El término está lejos de los criterios "científicos" del materialismo histórico. Mao lo empleó desde sus tempranos escritos de los años de 1920. Allí se refiere a la "burguesía media" que está ubicada entre la "gran burguesía" y la "pequeña burguesía". Aspira a ser como "la gran burguesía" (señores de la guerra, burócratas, burguesía compradora, grandes terratenientes y los sectores reaccionarios de la intelectualidad) y, de allí su carácter "vacilante". Es "nacionalista" en cuanto busca consolidar un Estado (nacional) dominado por ella. En la práctica "burguesía nacional" fue la burguesía que se alió con el PCCH especialmente en la guerra civil de 1945-49. Puesto que la revolución china es "democrático-burguesa", fue necesario incluir esta burguesía, aclarando que está sometida a la dirección política del Partido, "vanguardia" de obreros y campesinos. Véase Stuart R. Schram, *The Political Thought of Mao Tse-tung*, New York, 1965, Págs. 146 SS.

## Rojo y experto.

Al adoptar en 1953 el Primer Plan Quinquenal, la política económica de la República Popular China calcó la estrategia de desarrollo soviético y la relación de la industria con la economía nacional siguió el sistema de planificación de la URSS. La estrategia (prioridad de la industria sobre la agricultura; de la industria pesada sobre la liviana, etc.) demandaba técnicos y especialistas altamente calificados. De este modo la unidad rojo y experto se rompió ante el conflicto entre el rojo y el experto, pues el modelo privilegiaba los valores y saberes de este último.

Las contradicciones salieron a la luz durante la política de las "Cien flores" (1956-57), cuando se hizo manifiesta la crítica de los intelectuales alienados del poder al "burocratismo" (*guanliao zhuyi*) de los cuadros del PCCH, es decir a los rojos. La severidad y amplitud de las críticas llevó a suspender la política, y el péndulo se fue al otro extremo: a una campaña de rectificación contra los "derechistas" (*youpai*), clasificados en "comunes, medios y extremistas", en la que fueron acusados más de medio millón de intelectuales.

Fue más evidente que el proceso de construcción socialista era un semillero de conflictos y contradicciones. La industrialización y modernización del país implicaban además de la formulación y resolución de espinosos problemas administrativos alrededor del asunto de la centralización/descentralización, aquellos relacionados directamente con las superestructuras, o sea, con los intelectuales y el poder.

La industrialización de tipo soviético exigía el uso sistemático de criterios y métodos de racionalidad económica que, en una sociedad con más de 20 siglos de arraigadas tradiciones confucianas del "mandarín-burócrata" (*wenren; shiren; shenjin*), podían conducir a la formación de valores tecnocráticos, al "fetichismo de la tecnología" y al endurecimiento de una élite de poder, además de que ponían en peligro los valores revolucionarios que, además, ya estaban siendo desplazados de la mentalidad de la juventud.

En este sentido, la racionalidad económica de tipo soviético y la línea de masas del tipo Yan'an se presentaban en una relación cada vez más opuesta y conflictiva. De allí que Mao planteara el viraje conocido como El Gran Salto Adelante (*Dayuejin*), (1958-60) que, bajo la consigna "Poner la política al mando", debía proporcionar el método para solucionar satisfactoriamente tal "contradicción dialéctica". El reto del Gran Salto era entonces modernizar e industrializar el país mediante la utilización intensiva de los recursos humanos en gran escala, con el marxismo-leninismo como núcleo integrador. Durante esta fase la crítica a los

"derechistas" alcanzó un clímax sin precedentes; la movilización ideológica desbordó completamente los canales del aparato del PCCH y las masas fueron movilizadas. Mao no sólo intentaba resolver "las contradicciones económicas" sino que aspiraba a desmitificar las virtudes inherentes que se atribuían al modelo soviético. Mitos que, quizás a la vuelta de una generación, podrían encarnar en una nueva ideología burguesa y por ende en una potencial restauración capitalista.

De esta manera el Gran Salto hizo prevalecer el rojo sobre el experto, los valores colectivos sobre los individuales y la ideología sobre los incentivos materiales. El "fetichismo de la tecnología" y las inversiones intensivas de capital fueron relegados y la nueva política económica dio prioridad a la aplicación masiva de mano de obra y al impulso a las industrias pequeñas y medianas. Las Comunas Populares, (*Renmin gongshe*) propuestas para transformar radicalmente el campo chino, crearían nada menos que una infraestructura comunista. En una palabra, el hombre fue colocado en el centro de la "guerra contra la naturaleza" y fue considerado el motor de la vida social. Pero el hombre armado de un "pensamiento correcto", esto es, el comunista que despliega una conducta proletaria; que "trabaja tenazmente y sirve al pueblo".

## El experto y el ejército popular

En el clímax del Salto Adelante muchos dirigentes militares se plantearon este dilema: ¿Requería o no, la construcción de una nación poderosa y moderna el desarrollo de métodos militares diferentes a los consagrados en la doctrina de "la guerra popular prolongada" que, a fin de cuentas, los había llevado al poder? En agosto de 1959, en el Pleno de Lushan, Mao escuchó críticas de parte del ministro de Defensa Peng Dehuai (1898-1974), en ese momento "representante" del modelo soviético en el campo militar.

A mediados de 1954, cuando la influencia soviética en China fue abrumadora, el EPL se transformó de ejército "guerrillero" en ejército "profesional". Las fuerzas militares chinas adquirieron la conformación, y acaso también la mentalidad, del Ejército Rojo Soviético. Entre 1953, después que regresó de dirigir las tropas chinas en la Guerra de Corea, y 1959, Peng dirigió el EPL. En este lapso la institución adoptó el sistema profesional de grados, efectuó cursos de teoría militar moderna, restó importancia a las labores políticas e intentó desvincularse al máximo de la milicia civil. En suma, el EPL se profesionalizó despolitizándose. La destitución de Peng y de sus colaboradores más cercanos y el

ascenso de Lin Biao (1907-1971) a la jefatura del Ministerio de Defensa, fue la forma de resolver esta contradicción.

Durante el Gran Salto apareció un nuevo elemento que hizo aún más compleja la situación: la creciente disputa sino-soviética. Su contenido ideológico pasó de secreto a público y se desdobló en tres frentes: 1) Cómo analizar y evaluar la correlación de fuerzas a escala mundial y en particular el papel de Estados Unidos. 2) El método "correcto" de construir el socialismo en cada país y el papel negativo que tuvo en la URSS y en el mundo comunista internacional la forma y el fondo de la crítica a Stalin, y 3) Las relaciones que deberían reinar dentro del campo socialista y de éste con la revolución mundial. Desde esta referencia externa a China el Salto apareció como la más enfática negación del modelo soviético de construcción socialista hasta ahora postulada.

En efecto, éste es un período clave en la ideología y la política chinas. Las contradicciones internas del país y el método para resolverlas se articularon a una reelaboración teórica de la "significación histórica" de la Unión Soviética. Así debió configurarse en la mente del presidente Mao una nueva visión que unos años después llevaría a la Gran Revolución Cultural Proletaria.

Por eso reviste gran interés rastrear los nexos entre documentos del conflicto con el Partido Comunista de la Unión Soviética como, por ejemplo, "Sobre la experiencia histórica de la dictadura del proletariado" (1956) y "Acerca del falso comunismo de Jruschov y sus lecciones históricas para el mundo" (1964) y los problemas concretos de orden interno que atravesaba el liderazgo chino.

A Jruschov se le imputaron "crímenes" esencialmente ideológicos: renunciar a la lucha de clases internacional e interna, que habían adelantado Lenin y Stalin y restaurar el capitalismo en las superestructuras de la sociedad soviética. A esto se refería la sustitución del "leninismo por pragmatismo, empirismo y chauvinismo". Jruschov era acusado y hallado culpable de destruir los nexos entre la teoría y la práctica revolucionarias, de minar las bases ideológicas socialistas, todo lo cual terminaría en breve destruyendo la economía soviética.

Los fracasos evidentes del Gran Salto condujeron una etapa de distensión ideológica y de revaloración positiva del experto. No obstante ésta fue corta y no alteró fundamentalmente la línea previamente trazada. Por el contrario, el Partido empezó a prepararse desde sus niveles de base para cerrar la brecha entre el liderato y las masas. El Décimo Pleno del Comité Central del PCCH, reunido en septiembre de 1962, reafirmó los objetivos de una economía

colectiva en el campo (las Comunas Populares), la continuación de la lucha de clases y el adoctrinamiento de las masas. Ahora bajo el mando de Lin Biao, el EPL volvió al camino de Yan'an y aseguró la total influencia del "pensamiento Mao Zedong" en el Partido y el Ejército.

### El espíritu de Yan'an

El regreso al espíritu de Yan'an fue cada día más palmario. Los métodos de la "línea de masas" aparecían en toda su magnificencia creadora en la "Brigada Dazhai" o entre los trabajadores de los campos petroleros de Daqing, en Manchuria. Los campesinos de la pobre y remota aldea de Dazhai, enclavada en las montañas de la provincia de Shanxi y los obreros petroleros resultaban ejemplares por una extraordinaria combinación de trabajo arduo y alta productividad. En ambos casos el secreto residía en que estos campesinos y obreros ponían la ideología antes que los incentivos materiales y se "apoyaban en sus propias fuerzas" (*zili gengsheng*) así como la República Popular China "se apoyaba en sus propias fuerzas" sin depender de la URSS. Estos campesinos y obreros eran los verdaderos "modelos de aprender del EPL" que toda la nación debía seguir.

El Ejército se convirtió en la principal fuente de reclutamiento de jóvenes para el PCCH. La primacía de la política y de la ideología sobre las bases materiales de la sociedad se sintetizaron en viejas consignas como "Poner la política al mando" que venía del Gran Salto y nuevas, como "Aprender de Lei Feng" (1940-62), joven campesino que, como soldado del EPL, perdió la vida tratando de recobrar un poste de teléfonos que había caído en un río. El héroe del EPL dejó un diario personal henchido de fervor hacia Mao y fue convertido en el prototipo de la moral del nuevo hombre chino. Con esta campaña se buscaba ganar el corazón de los jóvenes, tarea asignada ahora al EPL; para cumplirla tuvo que ampliar el campo de sus actividades y pasar al terreno de la gestión económica y cultural.

En el campo de la cultura la ofensiva revolucionaria fue lanzada simultáneamente desde el Partido y desde el Ejército. Mao estableció su cuartel general en Shanghai y tejió con Yao Wenyuan el ataque a Wu Han (1909-1995), que dio comienzo real si no formal a la Revolución Cultural. Al mismo tiempo promovió a Zhang Chunqiao, el jefe político de la ciudad y a Wang Hongwen dirigente obrero en la misma. Estos tres dirigentes y Jiang Qing formarían el grupo que, a la muerte de Mao, se llamaría "la banda de los cuatro".

Wu Han, intelectual comunista, quien en ese momento era vice-alcalde de Beijing, había escrito poco después de la

destitución de Peng Dehuai una obra de teatro, La destitución de *Hairui*, cuya acción transcurría en el siglo XVI, en plena dinastía Ming. Muchos entendieron la pieza como una alegoría de la destitución de Peng y como una crítica velada a Mao. Así planteó Yao el debate contra Wu Han en la prensa de Shanghai en noviembre de 1965. Planteamiento reactivado unos meses después por los guardias rojos con el patrocinio de Jian Qing.

Simultáneamente reaparecieron con fuerza otros temas del Gran Salto, referidos ahora a las relaciones sino-soviéticas que en esos meses llegaron al punto más álgido, escalando de disputa ideológica y entre Partidos Comunistas a un asunto de Estados y de límites territoriales.

El jruschovismo como una peculiar degeneración del marxismo-leninismo se adjudicó a Liu Shaoqi. Liu, "el Jruschov chino", "la persona número Uno con autoridad en el Partido", fue denunciado por "llevar a China por el camino capitalista" (*zouzipai*) e infundir valores individualistas, tecnocráticos y economicistas.

Así, dos grandes problemas estaban detrás de lo que inicialmente parecía ser un mero debate académico y una campaña más de rectificación y educación socialista. Primero, la línea del Partido había abierto entre rojos y expertos un abismo que parecía cada vez más ancho y profundo. No sólo diferían por origen social y por el tipo de educación, sino por status. El sistema educativo, dirigido en función de las necesidades de la industrialización, se había vuelto más profesionalista y menos politizado. Las universidades reclutaban estudiantes de los mejores alumnos de los mejores colegios de secundaria; es decir, de los hijos de los funcionarios o aún de antiguos terratenientes; diplomaban técnicos y especialistas, no hombres templados con las masas en la lucha de clases.

Por esto en el transcurso de la Revolución Cultural las universidades y secundarias se cargaron de una ferocidad hasta entonces desconocida en la lucha simbólica de los valores del rojo y experto, del elitismo y el populismo. En este contexto se sitúan los guardias rojos, cuya aparición se registra en la primavera de 1965 por medio de carteles en grandes caracteres (*dazibao*), en la Universidad de Beijing y en la secundaria Qinghua también de la capital.

El segundo problema tenía ahora que ver con la escalada militar norteamericana en Vietnam. La alternativa escogida por Mao y Lin Biao pareció reducirse a preservar la teoría de la guerra popular a escala mundial ("el campo rodea la ciudad como Asia, África y América Latina rodean al imperialismo norteamericano") y a prepararse para ella, pese

a que en 1964 China había ingresado al club de las potencias nucleares.

Pero subyacía un asunto quizás más importante: frente a los Estados Unidos en Vietnam, ¿qué era el campo socialista? ¿Sería posible participar conjuntamente con la URSS en la guerra? ¿O China debía prepararse en solitario para una "defensa activa"?

Desde mayo de 1966 hasta la reunión plenaria del Comité Central del PCCH de agosto del mismo año, la lucha dentro del grupo dirigente se libró en torno a estas dos grandes cuestiones: los valores del rojo y el experto y qué es el campo socialista. Los debates y las pugnas giraron no sólo sobre los contenidos explícitos, sino, y primordialmente, sobre los métodos para resolver la lucha. El grupo de Liu apareció distanciado del grupo de Mao tanto en el fondo como en la forma. Liu pensó que bastaba una nueva "campaña de rectificación y educación" mientras que Mao pensaba en una "revolución popular", por fuera y contra el mismo aparato del PCCH que, según él, se estaba conservatizando. En esta atmósfera debe ser analizada la tenaz pugna entre los nacientes guardias rojos y los "equipos de trabajo" que Liu y el Comité Central despacharon a universidades y escuelas.

## Epílogo

En agosto de 1968 cientos de miles de jóvenes y adolescentes fueron enviados al campo a reeducarse con los campesinos una vez quedó agotada la fase de sangrientas confrontaciones facciosas urbanas de los guardias rojos, en particular de la facción más radical o "facción rebelde" (*zaofanpai*) centrada en Shanghai, a las que Mao puso fin en agosto de 1967 empleando tropas del EPL.

Las etapas y acontecimientos subsiguientes de la Revolución Cultural están más o menos delimitados y se puede dar cuenta de ellos. Explicarlos es el problema. El IX Congreso del PCCH (1 -24 de abril de 1969) clausuró oficialmente la Revolución Cultural en un ambiente de unanimidad. El partido se depuró ideológicamente y en Lin Biao quedó asegurada la correcta sucesión del presidente Mao.

En suma, las masas fueron movilizadas como nunca antes en un país socialista. Pero es probable que Mao Zedong considere que serán necesarias más revoluciones culturales para cambiar la mentalidad de las masas y de los intelectuales y asegurar el triunfo del camino socialista. Mao debe saber que la unanimidad del PCCH es ritual porque ha vivido lo que Hegel postuló en la teoría: que un Partido comienza a existir verdaderamente sólo desde el día en que se divide.



## **Conflicto, paz e intervención internacional**

Alfredo Molano\*

Nuestro conflicto armado nunca ha estado desvinculado del contexto internacional, bien como presencia activa de terceros, o bien como pretexto y expediente para legitimar a una de las partes y deslegitimar a la otra. Más aún, parece una tradición de nuestras guerras. La que llamamos con infundado orgullo la guerra de independencia de España, bien vista fue una guerra civil entre la Corona y españoles criollos respaldados por los ingleses e inspirados en banderas francesas. Baste recordar la activa participación de la Legión Británica, los leoninos préstamos a la Gran Colombia y la influencia de los recién proclamados Derechos del hombre en el ideario de los patriotas.

Durante todo el siglo XIX la injerencia extranjera fue clara y estuvo apuntalando y de cierta manera alimentando, nuestros conflictos. El caso más patético fue el de la Guerra de los Mil Días. Las fuerzas liberales contaron siempre con el apoyo de nuestros más cercanos vecinos, y las conservadoras, atrincheradas en el gobierno, con la decisiva intervención norteamericana. La compra de armas en el extranjero para los dos bandos fue siempre permitida, tanto por Estados Unidos como por Inglaterra; Venezuela le sirvió a Uribe Uribe como retaguardia estratégica, y Ecuador y El Salvador jugaron un papel similar con el ejército de Benjamín Herrera. Por último, el gobierno de Marroquín aceptó las condiciones impuestas por EE.UU. para la construcción del Canal de Panamá a cambio del bloqueo a las fuerzas liberales victoriosas en el istmo.

En los años veinte, un agente de la Tercera Internacional -el señor Zawadsky- contribuyó a la organización del Partido Comunista y en los años cuarenta un agente de Franco -Gines de Alvarado- jugó el mismo papel con las fuerzas de choque del Partido Conservador. Durante los años treinta y cuarenta, los procesos políticos que sucedían en España -Segunda República y Guerra Civil- inspiraron tanto a liberales socialistas como a conservadores. El Partido Conservador tomó como modelos al nazismo alemán y al fascismo italiano para organizar el chulavitismo y estructuró la policía nacional a imagen y semejanza de la tenebrosa Guardia Civil Española. La organización de fuerzas paramilitares data de esta época y,

sin duda, estas organizaciones criminales han sostenido viva la violencia durante 50 años y hoy, a nuestros ojos, están al borde de que les sea reconocida su carta de ciudadanía.

Los liberales no pueden lavarse las manos. Las guerrillas del llano contaron siempre con el apoyo de Venezuela y hoy -muerto ya el capitán Bernardo Giraldo, a quien prometí guardar el secreto hasta después de su muerte-puede contarse que existió la tentación de cambiar la región del Arauca por armas para la revolución liberal. Los conservadores apelaron a un procedimiento idéntico al cambiar la entrega de Eliseo Velásquez por Los Monjes, como se ha rumorado. La participación extranjera fue una constante durante la Guerra Fría y contribuyó, de una manera decisiva, a fomentar el conflicto doméstico. La Unión Soviética, a pesar de su utilitarista ambigüedad, metió la mano a través del Partido Comunista. Yo no diría que con recursos militares o logísticos, pero sí creo que con apoyo político e ideológico. Que esto fue así lo prueba, entre otras cosas, el distanciamiento crítico -en ocasiones abierto- de la política internacional de la Revolución Cubana de los años setenta, del papel de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, en América Latina. Cuba defendía la internacionalización de las guerras de liberación y ayudó con hombres, armas y entrenamiento a los movimientos rebeldes del llamado Tercer Mundo. En Colombia, la contribución de Cuba a la formación y traumático desarrollo del Ejército de Liberación Nacional, ELN, cae fuera de toda duda. No digo que este grupo armado fue hijo de la Revolución Cubana y me atrevería a decir, por el contrario, que su participación fue contradictoria y contraproducente. Hoy es claro que tan pronto ese cordón umbilical se cortó, el ELN conoció un renacimiento evidente. No fue la Manessman la responsable de este hecho, fueron más bien la derrota de Anorí y el rompimiento de los lazos con Cuba. Habrá que recordar aquí también la sinuosa solidaridad de China -particularmente durante la tormentosa Revolución Cultural- con los movimientos de América Latina y especialmente con el Ejército Popular de Liberación, EPL. Tengo la sensación de que con mucho más utilitarismo que los cubanos. El esquema de participación era el mismo, aunque estaba más dirigido por el conflicto con la URSS que interesado en el conflicto entre nuestros campesinos y los latifundistas.

Con mucho que se exageren los vínculos de Cuba con el ELN, o de China con el EPL, o de la URSS con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, nada hay comparable con la participación de Estados Unidos en nuestro problema. La Guerra Fría fue una estrategia no tanto

\* Sociólogo e investigador independiente.

de defensa como de vasallaje político, y tuvo como palanca privilegiada la subordinación incondicional de nuestras Fuerzas Militares. El papel de la Junta Interamericana de Defensa fue decisivo en la organización del Ejército Nacional como una fuerza de ocupación dirigida a derrotar al "enemigo interior". Para justificar el esquema se formularon la Doctrina de la Seguridad Nacional y la tesis de los Conflictos de Baja Intensidad. Fue una armadura de hierro a la sombra de la cual se formó una fuerza pública cuyos rígidos marcos de actuación fueron trazados siempre por el Pentágono. De alguna manera nuestro Ejército se convirtió en una fuerza colonial manejada por nativos contra rebeldes, y sus procedimientos militares estuvieron siempre dirigidos a sembrar, como toda fuerza colonial, el terror entre la población civil, buscando romper los posibles lazos de solidaridad y cooperación entre la población civil y la fuerza insurgente. No sólo se unificaron las fuerzas latinoamericanas y se uniformaron los esquemas de mando y jerarquía, sino que esta reorganización fue acompañada por la venta de armas, equipos, uniformes y demás elementos que comprometieron nuestras fuerzas armadas en una guerra harto ajena como la Guerra Fría, y prepararon el camino para transformar nuestro conflicto interno en una guerra caliente y generalizada como la que hoy tenemos *ad portas*.

La historia se remonta al vergonzoso envío de tropas colombianas a la guerra de Corea, que hizo el gobierno conservador. Un conflicto en el cual nosotros nada teníamos que ver, pero que Laureano Gómez utilizó para lavar su pasado abiertamente fascista y sus comprometedoras declaraciones de apoyo al Eje durante la Segunda Guerra Mundial. Esta lavada de manos costó muchas vidas colombianas y sobre ellas se edificó la subordinación de nuestro ejército.

Subordinación que se puso a prueba en la guerra de Villarrica. Una historia larga, que trataré de hacer corta. Los EE.UU. apoyaron, para decir lo menos, el golpe de Estado de Rojas, y el general logró desarmar a las guerrillas liberales, devolviéndole al partido, garantías políticas.

El precio del café repuntaba y el futuro pareció despejado. Hubo un sector que puso a prueba las promesas de Rojas y se levantó un día de junio del 54. El Ejército mató varios estudiantes y el gobierno, ni corto ni perezoso, resolvió culpar al comunismo internacional, declaró fuera de la ley al Partido Comunista y envió tropas a reprimir al movimiento agrarista que desde los años treinta luchaba por una más equilibrada distribución de la tierra en el Sumapaz y en el oriente del Tolima. Fue una guerra cruenta y cobarde. Los

EE.UU. jugaron un destacado papel al dirigir las operaciones aéreas y el bombardeo a las posiciones campesinas. Se ensayó aquí por primera vez la bomba de napalm y los nuevos esquemas de colaboración en la tarea contrainsurgente del ejército americano. El resultado neto fue la reorganización en guerrillas móviles, de los campesinos y el repliegue de sus fuerzas y de sus familias hacia zonas selváticas. De Villarrica y del Sumapaz salieron huyendo, protegidos por precarias fuerzas guerrilleras, cientos de familias hacia el pie de monte de la cordillera oriental, hacia las cabeceras de los ríos Guayabero y Caguán, hacia los páramos del nevado del Huila. Fue una marcha que hace recordar la Huida de Caracas el año 16, cuando el general Morillo se acercaba a Caracas.

De estos desplazamientos nacen tentativas de reorganización social y de autonomía administrativa que los campesinos trataron de crear en las regiones donde se refugiaron. El gobierno leyó en ese ensayo ingenuo pero altivo, la formación de Repúblicas independientes. En el fondo, el intento de los rebeldes se reducía a fortalecer localmente economías campesinas en áreas baldías, pero con independencia de los partidos políticos. Esto fue, sin duda, lo que desató de nuevo las furias del sistema y la declaración de una nueva guerra contra las organizaciones campesinas, con la estrecha colaboración de los EE.UU., a cuyo cargo estuvo la formulación del plan operativo de invasión y aniquilamiento de las fuerzas campesinas, llamado Plan Lasso.

Naturalmente, las invasiones se llevaron a cabo y el Ejército Nacional pudo dar parte de victoria. Pero el resultado neto fue de nuevo la reorganización campesina, esta vez bajo la forma de un ejército de gran movilidad que se asentó en las regiones donde se desarrolló, desde entonces, un agresivo proceso de colonización. Allí es donde nacen y se fortalecen las FARC. No soslayaría el papel que el Partido Comunista jugó en la orientación ideológica y política de esta fuerza esencialmente campesina y de claras connotaciones liberacionistas. Pero creo firmemente que los verdaderos factores que generaron la organización militar, fueron el ataque del Ejército Nacional y, sobre todo, la estrategia de tierra arrasada que utilizó como aplicación del concepto de "enemigo interno".

Quisiera tocar de paso la historia del ELN. Como quedó dicho, la Revolución Cubana tuvo mucho que ver con el surgimiento del ELN. Pero no menos que la violencia que azotó a Santander y al Magdalena Medio, de tiempo atrás. Recuérdese que gran parte de las campañas de las guerras

del fin del siglo XIX, se llevaron a cabo teniendo como eje el río Magdalena y sobre todo las regiones de colonización santandereana. La derrota liberal del 85 sucede en La Humareda, y Uribe Uribe disuelve parte del Ejército Liberal en San Vicente de Chucurí, después del desastre de Palonegro. El Magdalena Medio es testigo de la lucha de los braceros del río y de los obreros petroleros durante los años veinte y treinta, y luego, en el 48, Barranca se alzó como Comuna Popular. Su jefe, Rangel, continuó la lucha armada, precisamente donde Uribe había disuelto sus fuerzas en el año 1900, y allí mismo llega en 1964 Fabio Vázquez a sembrar la semilla del "foco guerrillero". Hay que agregar el hecho de que buena parte de la fuerza del ELN nace del desarrollo del conflicto entre los obreros petroleros y el gobierno y las compañías internacionales.

Es aquí donde encontramos una de las razones más evidentes de la intervención de EE.UU. en el problema. Para nadie es un secreto que uno de los objetivos principales de los EE.UU. es proteger sus intereses en Colombia a través justamente de los acuerdos -para llamarlos de alguna manera- con el Ejército colombiano y, por lo tanto, no es una sorpresa que detrás de la guerra contra el ELN está, no sólo la aspiración a resolver el "problema del tubo", sino también la intención de debilitar las organizaciones obreras.

## II

Afinando bien el ojo, valdría la pena preguntar por la forma que toma la injerencia norteamericana en el conflicto armado. Dejemos atrás los tratados y concentremos la atención en las modalidades militares que usan para hacerle frente a una fuerza irregular de carácter campesino. Aventuremos que el objetivo principal de la estrategia está en contrarrestar las dos fuerzas principales de una guerrilla: el apoyo civil y la movilidad. (Recuérdese "el pez en el agua" y el "muere y huye" del Che). Comencemos por la segunda, la movilidad. La movilidad es uno de los fundamentos de la estrategia guerrillera, que como se ha visto en muchos casos- puede ser contrarrestada con el uso de helicópteros y otras ayudas aéreas, y sobre todo hoy con la inteligencia originada en sistemas satelitales. La aviación tiene importancia táctica no sólo para el transporte de tropas y vituallas, sino también porque puede cumplir importantes papeles intimidatorios, como por ejemplo los bombardeos y vuelos rasantes, etc. La ayuda militar de EE.UU., desde los años de la Guerra Fría, privilegió esta arma, tanto por su eficacia como porque le

permite participar en el conflicto sin comprometerse a fondo en la guerra.

La otra característica de la estrategia guerrillera es la relación con la población civil. Este vínculo es determinante en un conflicto armado, hasta el punto de que los teóricos afirman que una guerra se gana o se pierde según las relaciones que se tengan con ella. En general las guerrillas colombianas tienen un complejo enraizamiento con las comunidades rurales, entre otras cosas porque nacen de sus necesidades y porque es la población civil la principal fuente de abastecimiento e información. No podría entenderse cómo la insurrección sostiene una guerra tan larga y tan sangrienta si no tuviera las relaciones que tiene con los campesinos. Por dos razones: primero, porque hay una fuerte tradición de guerra civil, y segundo, porque la fuerza pública contribuye con sus acciones a consolidar y desarrollar la solidaridad y la colaboración de los campesinos con los insurrectos. Es precisamente lo que el Ejército ha tratado de romper, y lo ha hecho de la manera más brutal: apelando al terror. Los EE.UU. han utilizado todo el conocimiento sobre los mecanismos, modalidades y efectos del terror adquiridos en las guerras mundiales y en las guerras coloniales para ser aplicados en la lucha contrainsurgente en Colombia. La Escuela de las Américas se especializó en formar oficiales en técnicas que utilizan el terror ejemplarizante como un arma disuasiva y un martillo para romper la pecera y sacarle el agua. Razón por la cual el Ejército de Colombia fue el responsable del 80% de los atropellos y violaciones de los Derechos Humanos durante los años de la Guerra Fría, que no es sino otra forma de mostrar la sistemática violación de la Constitución y de las leyes. Sin embargo, no podría demostrarse que el terror haya logrado aniquilar a las guerrillas, y se diría más bien que ha sido un factor para fortalecerlas. No quiero, sin embargo, centrar el señalamiento en una estrategia formulada externamente. La historia de nuestra violencia es el despliegue de un catálogo de atrocidades de difícil cualificación. La lucha partidista, para no ir muy lejos, constituye un caso en el que el sectarismo político se transformó en una verdadera patología criminal fundada en la represión sexual y el fundamentalismo religioso. De suerte que el terror como táctica de guerra, que se enseñaba en la Escuela de las Américas, y aplicado por nuestro Ejército, encontró el camino hecho y andado. No podría decirse que la Guerra Fría le agregó al terror la necesaria impunidad con que se ejecutaba, porque nuestra violencia ha estado siempre acompañada de impunidad y connivencia. Fueron 25 años de desangre sistemático cuyo

logro principal fue sostener un sistema político excluyente y corrompido y una economía rapaz y contrahecha.

### III

El derrumbe de la Unión Soviética y del mundo bipolar no trajo, sin embargo, la paz a nuestro país, como hubiera sido de esperar si el diagnóstico de los EE.UU. sobre las causas de nuestro conflicto hubiera sido acertado. Nada. El comunismo se acabó y nuestra guerra se intensificó. De un lado, las guerrillas, particularmente las FARC, se vieron libres del tutelaje ejercido por el Partido Comunista, lo que se tradujo en una mayor iniciativa política, y de otro lado, el deterioro económico -pero principalmente la crisis del campo y la explosión del desempleo- empujaron a los campesinos a sustituir sus cultivos tradicionales por la marihuana, la coca y más tarde la amapola. Hay que agregar que históricamente no fue la producción de drogas la que creó la demanda, sino al contrario. Una de las secuelas más importantes de la desastrosa guerra contra Vietnam fue la creación de un mercado de drogas blancas, que en la posguerra se transformó en una modalidad del consumo masivo, principalmente en EE.UU. Aunque la asociación entre la caída del Muro de Berlín y la aparición del narcotráfico no ha sido establecida con rigor por los historiadores, los estrategas de la guerra encontraron en el nuevo fenómeno el demonio que necesitaban para sustituir el comunismo. En nuestro país, la tesis de la "narcoguerrilla", formulada y desarrollada por la embajada de EE.UU., apareció en el mismo año en que la puerta de Brandemburgo dejó de ser una frontera entre dos mundos, y los comunistas criollos comenzaban a ser tildados por los publicistas del sistema de animales antediluvianos.

El fin de la Guerra Fría permitió al mismo tiempo ampliar el campo a la lucha por los Derechos Humanos en el mundo entero. La lucha contra la arbitrariedad y la violencia de los estados se libró del señalamiento que la identificaba con el comunismo y así, despojada de la impostura, pasó a ser una preocupación universal. En Colombia la vigencia de estos principios tuvo una consecuencia a la vuelta de una década: la violación de los derechos humanos atribuida a la fuerza pública se redujo de un 80% a menos del 10%. Los militares muestran con orgullo estas cifras sin caer en la cuenta de que son, bien vistas las cosas, cabeza de un nuevo proceso contra ellos, no ya por acción, sino por tolerancia con los paramilitares que en esa misma década pasaron a ser responsables del 70% de la violación de los DD.HH., década en la cual el narcotráfico se convirtió en el amo y señor de la economía nacional.

El narcotráfico fue hasta mediados de los setenta una actividad ajena al país. La coca tenía un limitado consumo ritual, la marihuana se fumaba en las cárceles y la heroína era conocida por un reducido grupo de intelectuales afrancesados. Fueron capitales norteamericanos los que descubrieron la posibilidad de ampliar el mercado a partir de la demanda abierta, a raíz de la guerra con Vietnam. Se asociaron a ese capital y a ese mercado en ciernes, nuestras ventajas geográficas y climáticas, la tradición del contrabando y sobre todo, la facilidad de corrupción de las autoridades. Sea como fuere -y repito la figura una vez más-: la marihuana y la coca, para los campesinos nuestros, "cayeron del cielo". En las zonas de colonización la ruina de la economía campesina era manifiesta y aguda. Los colonos trabajaban de hecho para los ganaderos y comerciantes quienes, calculadamente-era su negocio-iban cambiándoles deudas por "mejoras". Se reproducía así el latifundio en la frontera agrícola y se mantenía un campesinado siempre al borde del hambre. En este surco cayó la coca. Y floreció. Y le dio al campesino la herramienta para defenderse de la bancarrota y la manera de pagar sus deudas y de mejorar su finca y de mandar los hijos a la escuela y de construir una casa de material y de hablarle duro al alcalde, y hasta de pagarle a la guerrilla, a la policía, al juez, al capitán del Ejército, "impuestos". Las zonas de colonización conocieron una nueva bonanza, más intensa y más generalizada que las del caucho, el oro o la madera. El dinero se veía andar por la calle. Se enriquecieron los comerciantes sin necesidad de hacer haciendas a costa de las "mejoras" de los colonos, se enriquecieron los vendedores de insumos para la coca, los funcionarios públicos, y los campesinos tuvieron acceso al mercado de consumo. Las guerrillas, que al comienzo se habían declarado enemigas acérrimas del cultivo de la marihuana y de la coca, tuvieron que ceder ante la perspectiva de que los campesinos les voltearan la espalda y cuando vieron que los cultivos ilícitos no sólo eran un mal necesario sino una fuente de enriquecimiento general, y por tanto la ocasión para extorsionara mucha más gente. Nació así el gramaje, que en el fondo no es más que un sistema tributario en ciernes y que, de alguna manera, complementa y expresa la sustitución del Estado, que ha hecho la guerrilla en muchas regiones. Se podría sintetizar el fenómeno diciendo que se encontraron en una misma parte los excluidos por el desarrollo económico -los colonos-, y los excluidos políticos-la guerrilla- Fue el fin, no diríamos de la historia, pero sí de una historia que arrinconaba a los campesinos y a la oposición política a refugiarse en la selva.

#### IV

Los EE.UU. le han declarado la guerra a la droga, principalmente por razones de su política interna. Los Republicanos, que obedecen electoralmente al voto puritano -una arraigada tradición que está en el origen mismo de su formación nacional- y que consideran que es la oferta la que genera la demanda de drogas, se oponen radicalmente a cualquier medida distinta a la erradicación forzosa de cultivos ilícitos. Esta posición, que es muy popular en EE.UU. porque exonera al "american way of life" de toda responsabilidad, es compartida por buena parte del electorado demócrata y por la gran mayoría de sus dirigentes que, de una u otra manera, aceptan que lo correcto es reprimir la oferta y sobre todo, como es también una tradición, "sacar la guerra de la propia casa y hacerla en la ajena". Habrá sin duda otros argumentos, de carácter económico y militar, que aunque reconozco, no me parecen de peso considerable.

La "droga" -el demonio de fin de siglo-, se ha convertido, una vez derrotado el comunismo, en el enemigo público número uno de los EE.UU. Es la esencia misma del mal. El electorado norteamericano, en su mayoría sensible a la caza de brujas, contribuye a ver en los narcotraficantes el monstruo que devora a la juventud americana y acepta dócilmente ser la nueva cruzada. Mientras esta mitología crece en EE.UU., en Colombia crecen los cultivos ilegales. Por varias razones. Antes de los noventa, la emigración hacia las zonas de colonización tenía un motor principal: la concentración de la tierra y la bancarrota de la economía campesina. El fracaso de las políticas de reforma agraria y de los planes de empleo fue, desde entonces, el resorte del proceso. Pero al mismo tiempo se hacía más fuerte un bipartidismo que, a falta de una dinámica generada por corrientes encontradas, cayó necesariamente en el clientelismo más aberrante. La desestabilización que se trató de resolver aplastando la oposición, resurgió como desestabilización acumulada en cabeza de la guerrilla. A partir de la vigencia del neoliberalismo y de la política de apertura económica, no sólo la industria manufacturera recibió un golpe drástico y, sin duda, irreversible, sino también la agricultura. La ganadería fue excluida de los efectos al lograr imponer un alto arancel de importación para evitar la competencia de las carnes argentinas y americanas. Es decir, se golpeó el sector comercial empresarial y se defendió el latifundio ganadero. La economía campesina resistió mejor los desastrosos efectos, debido a sus defensas naturales, pero se colocó prácticamente en el autoconsumo. El resultado neto fue un creciente desempleo, la emigración de capitales hacia otros sectores, especialmente el de

bienes raíces y construcción urbana, y la emigración campesina y de otros sectores populares hacia las zonas de colonización. La privatización, a su vez, redobló el fenómeno, al lanzar miles de obreros y empleados a competir en un mercado laboral de por sí abarrotado. Mucha gente, digámoslo así, se fue a trabajar con la coca como única alternativa. Al mismo tiempo y por razones diversas, la erradicación en Bolivia y Perú le permitió a Colombia suplir con la oferta que estos países representaban, y México entró a articularse con sus 3.000 kilómetros de frontera y una creciente población chicana disponible para la comercialización de la coca. Con estos recambios la lucha contra los carteles colombianos ha resultado pírrica, para no decir inútil. De cierta manera la apertura económica, al arruinar la economía agrícola empresarial, permitió que parte de las utilidades del narco se dirigieran a comprar esas tierras y agregarlas a las haciendas ganaderas protegidas por el arancel y que venían comprando desde los años setenta, como manera de lavar su dinero y de invertirlo en un sector-la sagrada propiedad-que el Estado defiende a toda costa. También invirtieron, y grandes capitales, en el sector de la construcción urbana, una de las grandes estrategias económicas que subordinada al capital financiero, se había salvado de los efectos devastadores de la apertura y justamente gracias también a esas mismas inversiones originadas en el narcotráfico.

En las zonas de cultivos los planes de erradicación y sustitución también fracasaron. Éstos porque fueron puestos al servicio del clientelismo y porque la apertura económica golpeaba devastadoramente cualquier iniciativa productiva al llegar al mercado. La erradicación porque la fumigación se tradujo en movilidad de cultivos y cultivadores. Los colonos tenían no una sino varias chagras en producción, de suerte que minimizaban el riesgo de ser fumigados. Esto significó también que el área donde se cultivaba o se podía cultivarse ampliara enormemente, de modo que aunque era menos densa, seguía produciendo lo mismo o más, pero a efectos de erradicación esta estrategia espontánea de los colonos significaba aumentar la dificultad de fumigación, dada la limitación de recursos estatales para hacerlo. A esto hay que agregar nuevas variedades de coca como la tingomaria que produce tres veces más que las variedades tradicionales.

En resumen, es en las políticas neoliberales donde hay que buscar la fortaleza de los cultivos ilegales y en el fracaso de la represión, el origen del escalamiento de la guerra a que hoy estamos expuestos. En una década, el área cultivada se ha duplicado, la producción quizás se ha multiplicado por

tres y los gastos en reprimirla quizás por cinco. Los EE.UU., aunque sus expertos saben del origen social de los cultivos ilícitos, acusan a las guerrillas de ser la causa de estos desastrosos resultados (de alguna manera, hasta sospechan que aceptando las causas sociales de la coca y de la ampliación de cultivos, llegan al neoliberalismo).

Claro es que las guerrillas, y sobre todo las FARC, se han fortalecido militarmente a causa de su política de extorsión a narcotraficantes, campesinos enriquecidos y comerciantes legales, pero no es menos cierto que las condiciones sociales de los campesinos y la represión militar han contribuido a crear un ejército que le ha propinado contundentes golpes a las fuerzas militares regulares. Es aquí donde vuelve a aparecer la mano de EE.UU.

Ante el fracaso de la política de erradicación de "baja intensidad", el fortalecimiento de una fuerza armada que cuestiona los privilegios que el Estado le ha otorgado al capital extranjero y que amenaza con imponer una política contraria o sustitutiva del neoliberalismo, que en fin podría cambiar la base política del sistema, los EE.UU. se inclinan a participar de manera más activa en el conflicto. Quizás la época preelectoral haga ver esta tendencia más nítida, pero esa política no parece reversible a corto plazo. El objetivo principal es golpear a la guerrilla no sólo -como argumenta el Departamento de Estado- por ser el obstáculo principal que se opone a la erradicación de la coca, sino sin duda, por ser una fuerza política de stirpe marxista -para estos efectos Marx no ha muerto- y de claros acentos anti norteamericanos.

¿Qué temen los EE.UU. de esta nueva fuerza? Temen que el Statu Quo se vea afectado. Su posición es de "principio": la defensa del orden a todo costo. Quizás por eso Clinton considera que los Rebeldes Políticos -lo dijo en el célebre discurso ante la Unión- son asimilables a enemigos de EE.UU. en el siglo XXI, junto a los narcos, los terroristas y los comerciantes de armas. El orden son las reglas del juego establecidas y son el resultado de alianzas entre los intereses de los dos establecimientos, o la "tradicional amistad que une a nuestros pueblos". En el fondo, es un orden que ofrece estabilidad, seguridad y rentabilidad a las inversiones extranjeras, y en ese sentido también esos intereses gozan de preferencias y privilegios. Hoy, la política neoliberal hace parte de esos principios económicos y de ese orden político que se defiende y que se teme sea puesto en cuestión por los alzados en armas. Por esa razón Chávez es también una amenaza, por lo menos hasta que no entre en razón, como parece que ya está pasando.

Temen también que sus propios fantasmas se conviertan en realidad. Ronda en su mundo fantástico la idea de que la narcoguerrilla -su demonio necesario y útil-transforme el sistema en un narcoestado, más aún, en un narcoestado totalitario.

Cae fuera de toda duda la función política e ideológica que esta fábula cumple y que ha sustituido con creces al fantasma comunista. Lo que sorprende es que en una sociedad madura desde el punto de vista cultural y donde, existe libertad de prensa y opinión, este mecanismo tenga tanta fuerza. Sorprende también que aún siendo ciertas las dos amenazas, se recurra a la guerra cuando hoy, en un mundo globalizado, las posibilidades del desafío a las leyes del mercado son muy reducidas. La vieja táctica militar de sitiar al enemigo ha sido sustituida con éxito por el bloqueo económico y político. La intervención militar -caso Irak y Kosovo- es un recurso último que tiene una condición: la intervención multinacional y "humanitaria". Quizás sea lo que en Colombia se esté preparando. O, de alguna manera, se quiera evitar, dados los altos costos políticos que tendría. Nos enfrentamos entonces a lo que podríamos llamar una intervención de alcance medio, que no descarta, sino en primera instancia, una operación de gran envergadura, que llamarían, digamos, "Tormenta Verde".

Hoy por hoy las guerrillas representan un buen argumento bélico que rinde ventajas electorales a los partidos norteamericanos y también a los colombianos. Clinton ha defendido la ayuda militar, llamada Plan Colombia, porque no ha logrado defenderse del argumento republicano de que la oferta de droga es la principal causa de la drogadicción de 20 millones de norteamericanos. Supongamos que los 1.600 millones de dólares sean aprobados por vía extraordinaria en estos días. Como se sabe, el 80 por ciento es de carácter militar, y el 20 por ciento, de carácter complementario. Este dinero está dirigido básicamente a mejorar la movilidad y la inteligencia de nuestras Fuerzas Armadas y, claro está, a hacer efectivas esas ventajas por la vía del entrenamiento de cuerpos élites, que es una manera de decir dos cosas: una, que no confían para nada en las Fuerzas Armadas colombianas, y no sólo desde el punto de vista de la eficacia militar sino también desde el punto de vista administrativo, y dos, que el Pentágono no está dispuesto a dejar en manos de oficiales colombianos el mando de las operaciones militares. Los Estados Unidos saben bien que nuestras Fuerzas Militares son ineficaces porque son corrompidas y no están dispuestos a gastar pólvora en gallinazos, o mejor, a botar su dinero. Este es, sin duda, un problema para ellos, que resuelven mediante los programas llamados de asistencia técnica. Los

dos mil y tantos asesores técnicos que hay en Colombia no son otra cosa que un mando paralelo.

¿Qué va a pasar con la nueva fuerza de batallones antinarcóticos?

Los batallones antinarcóticos-que pronto serán una brigada- serán en realidad la fuerza de tierra del nuevo esquema, cuya inteligencia será controlada por los asesores norteamericanos. Para ello ya está en proceso de rígida centralización todo el sistema informativo que antes se repartía en diferentes cuerpos y ahora manejarán exclusivamente los militares. Los batallones contarán con apoyo aéreo tanto para la movilización de tropas como para el ataque. Los aviones Awak y los Black Hawk están destinados a cumplir estas funciones. Es fácil imaginar el escenario: aviones bombardeando concentraciones guerrilleras, y es fácil también pensar en la dispersión de estos cuerpos, como medida defensiva. Ello equivale a decir que las FARC no podrán pasar fácilmente a guerra de posiciones. Pero habría que pensar también que la guerrilla buscará actuar de manera irregular, pero en zonas cada vez más densamente pobladas, donde la inteligencia aérea sea menos precisa y donde los bombardeos tengan un costo político mayor. Estas opciones harían la guerra más compleja y tenderían a comprometer cada vez más a la población civil en las operaciones de las partes, y ponen sobre el tapete el problema de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario.

Las Fuerzas Armadas colombianas han encontrado en los paramilitares el instrumento perfecto para no comprometerse -o hacerlo de manera omisiva- con la guerra sucia. Las cuentas son claras: mientras la responsabilidad de la fuerza pública en violación de Derechos Humanos, disminuye aceleradamente, en la misma proporción y ritmo aumenta la de los paramilitares. La de la guerrilla se mantiene constante. Esta correlación le permite al Pentágono pasarse por la faja la enmienda Leahy y al Ejército colombiano convertirse en el tercero en discordia. Sin duda, es una de las más importantes funciones que cumple el paramilitarismo. Los militares colombianos pueden hoy ser acusados de complicidad por omisión en la violación de los derechos humanos, pero cada vez menos, de actuaciones directas. La estrategia es también clara y tiene referentes históricos en Colombia: utilizar a los paramilitares para atacar a la guerrilla y luego, atacar a los paramilitares. El único problema en esta estrategia es que el paramilitarismo -o por lo menos Castaño- tiene aspiraciones políticas y no va a aceptar ser un mero alfil para ser sacrificado a gusto. De otro lado, los medios de

comunicación y las movilizaciones de la llamada sociedad civil complementan la siniestra división del trabajo, dispensando toda la acción de los militares y aún de los paramilitares como un error, un infundió, o alzándose de hombros y exclamando: es la guerra. Un ejemplo de la posición de los medios se vio claro con respecto a dos hechos: la masacre de El Salado, donde 35 campesinos fueron asesinados por paramilitares borrachos, sus cadáveres mutilados y sus mujeres violadas. El Ejército presentó el hecho como el resultado de un enfrentamiento entre paras y guerrilla, y de no haber sido por la Fiscalía, que dio la verdadera versión, la cosa habría quedado escondida. Luego vino la entrevista de Darío Arizmendi con Castaño, en la que el paramilitarismo quedó justificado, y no por la entrevista misma, que fue un trabajo periodístico más, sino por el efecto que consiguió en una audiencia largamente preparada para justificar las masacres como una respuesta militar legítima, a la guerrilla. Ahora se produce el ataque a la policía de Vigía del Fuerte.

Los medios y el gobierno lo han mostrado como una masacre a "servidores públicos" y al pueblo más pobre de Antioquia. Yo repudio toda forma de guerra y por eso he estado siempre al lado de las negociaciones de paz. Pero tengo que decir que Vigía del Fuerte es un pueblo que desde hace por lo menos cinco años ha sido manejado por el paramilitarismo. De allí han salido todas las comisiones de paramilitares que han azotado el Atrato Medio, y que son responsables del desplazamiento de miles de familias campesinas indígenas, chilapas y negras. Cuando se ahogó al cooperante español y al cura párroco de Beté, la Fiscalía estableció públicamente que los asesinos habían salido de Vigía, donde los paramilitares tenían su cuartel y donde la policía era cómplice. Yo agrego -y lo sé desde hace mucho tiempo- que las empresas madereras, unas muy conocidas, tienen allí sus negocios y financian al paramilitarismo. Quieren el bosque del Atrato Medio, declarado Reserva Forestal, y para explotarlo han financiado el terror en la región. No ha habido un sólo periodista -incluyéndome-que haya hablado de la estrecha relación que existía entre los paras, la policía y los comerciantes de madera. Establecer estos hechos no significa en absoluto que yo defienda a la guerrilla ni justifique el ataque. Pero tengo que explicármelo así como también lo hice en el caso de El Salado y que atribuí, y así lo escribí, al mando que tienen los ganaderos sobre los paramilitares en la Costa Atlántica.

Es que la economía está vinculada íntimamente a la guerra, como es obvio a la hora de las explicaciones históricas, y velado siempre a la hora de la presentación de

los hechos. Debo repetir que la guerrilla financia sus operaciones por medio de la extorsión, en las zonas de producción de coca y amapola con los comerciantes. La lucha de los batallones antinarcóticos contra el narcotráfico busca romper esta fuente financiera, y obligar a la guerrilla a negociar más barata la paz. Pero es obvio que si el gobierno inicia una guerra contra la economía de guerra de la guerrilla, ésta responderá atacando las bases económicas de su enemigo. Así hizo la OTAN en Kosovo, atacó puentes, centros de comunicación, energía eléctrica. Será sin duda el nuevo tipo de guerra que se desencadenará a partir de la puesta en marcha de los operativos antinarcóticos de los batallones. El ELN ha mostrado cuán vulnerable a una guerra de este tipo es la economía nacional, y qué tan ineficaz es la fuerza pública para controlarla. Atacada la infraestructura, la economía colapsa en muy poco tiempo. Y hay que agregar que la economía campesina es más fuerte que la empresarial en una guerra, sobre todo si ésta es irregular. En este sentido, la economía que sostiene a la guerrilla puede resistir más que la que sostiene al gobierno, así éste cuente con el apoyo de EE.UU. Presumo que el gobierno es consciente del hecho de que, de ponerse en marcha el Plan Colombia tal como está hoy formulado, es decir, con un alto componente militar, las posibilidades de sostenerse en la mesa de negociaciones, habida cuenta de la reacción bélica de la guerrilla, son muy reducidas. En cambio, las posibilidades de que la mesa conduzca a unos primeros acuerdos, tal como van las cosas hoy y a pesar de la reacción de los militares por los hechos de Vigía del Fuerte, son altas. Los partidarios de la paz, dentro y fuera del gobierno, deben estar estas horas rezando para que la ley extraordinaria de ayuda a Kosovo y a Colombia se ahogue en el Congreso norteamericano: pero supongamos que no.

El conflicto se intensificará y algo parecido a una guerra civil comenzará a hacerse más nítido en el horizonte. Para ello se cuenta con dos economías de guerra, con una opinión pública fuertemente polarizada y, cada día más, con poderes territoriales excluyentes aunque en ningún caso, absolutos. Los EE.UU. tendrán que definir su posición real frente al paramilitarismo, hoy tan ambigua. La guerrilla y su posición frente a los DD.HH., una bandera que se ha dejado quitar-o por lo menos anular- por sus enemigos. El gobierno por su parte, tendrá que darse la pela del reconocimiento de beligerancia, si quiere hacer efectivo el DIH, y aún los acuerdos mismos surgidos de la mesa.

De no poder poner de rodillas a la guerrilla sino por el contrario, escalar la guerra, los EE.UU. apelarían quizás a

ensayar una "intervención humanitaria". La jurisprudencia de tal intervención fue establecida en Kosovo, y en el caso colombiano se alegarían las acciones de las guerrillas -resaltando el asesinato de los indigenistas, los muertos de Machuca y los secuestros del avión de Avianca y de la iglesia de La María- los vínculos con el narcotráfico y las masacres de los paramilitares. Pero para atacar a Milosevik se contaba con la OTAN y en el caso colombiano habría que comenzar a crearla, o por lo menos a organizar un instrumento similar. Hace unos meses, la cosa pintaba así: en Argentina aún gobernaba Menem; en el Perú, Fujimori tenía asegurada su reelección; en el Ecuador, los problemas eran manejables; Brasil necesitaba al FMI, etc. Pero hoy el cuadro es bien distinto. En el Cono Sur ha ganado fuerza la izquierda, Brasil y Venezuela han declarado explícitamente que no intervendrían en el problema colombiano, Panamá se ha negado a instalar una nueva base antinarcóticos, en el Perú el "Cholo" Toledo pone en duda la reelección del "Chinito" y Ecuador no está para aventuras militares, a pesar de la dolarización de su economía. Una intervención multinacional de vecinos manejada por EE.UU. no es hoy tan fácil y si, a pesar de todo, logra galvanizar, se le agregaría a la guerra un ingrediente del que hoy carece: la causa nacionalista. Europa no parece estar en disposición de apoyar una intervención militar en Colombia. Más aún, la UE no está tan inclinada a favorecer el Plan Colombia como nos lo ha hecho creer la Presidencia de la República. Por dos razones: la primera, porque Europa ha sido siempre partidaria de la política de sustitución de cultivos ilícitos y no de la de erradicación forzada o violenta, y segundo, porque opinan, aunque lo hagan con sumo cuidado, que el Plan es un programa de gobierno y no de Estado. Así lo dijo, por ejemplo, el canciller español, señor Matutes, cuando puso como condición para asumir el papel que se le asignó a España, de "pasar el bonete" para recoger fondos, en junio, que el Plan fuera respaldado por el gobierno y aceptado por la guerrilla. Saben que de otra manera esa ayuda no tiene viabilidad ni posibilidad de ser una acción efectiva contra el narcotráfico. Por el contrario, prevén que el Plan Colombia, tal como está formulado, equivaldría a un baldado de gasolina en un fogón.

En síntesis, una intervención multilateral no es fácil. Y dadas las dificultades que la aprobación de los 1.600 millones de dólares ha tenido en el Congreso norteamericano, es previsible que tal estrategia encuentre una enorme oposición en la opinión pública internacional.

Así que rematando, creo que la intervención norteamericana se limitará, en una primera fase, a participar



en el entrenamiento de los batallones antinarcóticos, que muy seguramente termine en una reforma superficial de nuestras Fuerzas Armadas, tal como ocurrió con la policía, en el suministro controlado de información privilegiada de inteligencia, que podría ser compartida con los paramilitares

Y el reforzamiento de la movilidad aerotransportada. El ensayo será sangriento quizás haga fracasar la mesa de negociaciones. El gobierno lo sabe y en su seno se deben estar hoy sintiendo las terribles tensiones derivadas de la debilidad del poder civil sobre el militar